

ANALOGIA Y PARONIMIA EN EL SER DE ARISTÓTELES

Salvador M. Delgado Antolín (Universidad de Sevilla)

La finalidad de esta breve exposición consiste en conocer cuál es realmente la importancia de la analogía y la paronimia en el concepto aristotélico de ser, para ello vamos a seguir un camino lógico-lingüístico, desde el que llegaremos al plano ontológico.

La razón de este método, como señala Le Blond en su obra *Logique et méthode chez Aristote* (París 1939), radica en la constatación del esquema gramatical como uno de los empleados por Aristóteles para desentrañar la naturaleza del ser real.

Un análisis del lenguaje supone, para Aristóteles, un análisis implícito del ser, en cuanto que el fin del lenguaje no es otro que expresar lo real mediante su imitación (Cfr. *Poética* 47 a 22). El lenguaje supone una directa referencia al ser en orden a su definición ($\lambda\acute{o}\gamma\omicron\varsigma$) o significación, en cuanto que manifiesta su esencia ($\tau\acute{\iota}$ εστιν). Es esta concepción realista del lenguaje, propia de la lengua griega, el presupuesto del pensamiento filosófico de Aristóteles, y la que permite la presente investigación.

Esta relación entre lenguaje y realidad, esta expresión de lo real realizada por el lenguaje no es, en cambio, absoluta. No puede entenderse como una relación biunívoca entre significante y significado. Aristóteles rechaza abiertamente esta teoría ingenua de la referencia. Dice el estagirita:

«En efecto, como no es posible discutir trayendo a presencia los objetos mismos, sino que empleamos los nombres en lugar de los objetos, como unos símbolos, creemos que lo que ocurre con los nombres ocurre también con los objetos (...) Pero no hay tal semejanza: en efecto, los nombres y la cantidad de enunciados son limitados, mientras que los objetos son numéricamente infinitos. Es, pues, necesario que un mismo enunciado y un único nombre signifiquen varias cosas.» (Ref. sof. 165a 6-13).

Esta observación no empaña el valor ontológico de los análisis del ser realizados desde categorías lingüísticas, sino que nos señala una intrínseca diferencia

entre lo imitado, el ser, y la imitación, el lenguaje, sin que esta diferencia llegue a ser total. No obstante, desde esta posición hay que admitir una equivocidad propia de toda significación. El lenguaje implica, por su misma naturaleza, una equivocidad necesaria y correcta. Pero que no puede llegar a ser completa.

Frente a esta equivocidad limitada y esencial habría otra no necesaria, en cuya ignorancia se mueve la sofística, y que Aristóteles pretende exorcizar.

Desde estas observaciones preliminares, que señalan la razón y los límites de nuestra perspectiva, comenzaremos por analizar la distinción, que aparece en el primer texto de las *Categorías*, entre términos *homónimos* o equívocos, *sinónimos* o unívocos y *parónimos*. Dice Aristóteles:

«Se llaman *homónimas* las cosas cuyo nombre es lo único que tienen en común, mientras que el correspondiente enunciado ($\lambda\acute{o}\gamma\omicron\varsigma$) de la entidad es distinto, v.g.: «vivo» ($\xi\omega\omicron\nu$) dicho del hombre y dicho del retrato; en efecto, ambos tienen sólo el nombre en común, mientras que el correspondiente enunciado de la entidad es distinto; pues, si alguien quisiera explicar en qué consiste para cada una de esas cosas el ser vivas, daría un enunciado propio para cada una.

Se llaman *sinónimas* las cosas cuyo nombre es común y cuyo correspondiente enunciado ($\lambda\acute{o}\gamma\omicron\varsigma$) de la entidad es el mismo, v.g.: «animal» ($\xi\omega\omicron\nu$) dicho del hombre y dicho del buey: en efecto, ambos reciben la denominación común de animales y el enunciado ($\lambda\acute{o}\gamma\omicron\varsigma$) de su entidad es el mismo; pues, si alguien quisiera dar una definición de en qué consiste para cada uno de ellos el ser animal, daría idéntica definición.

Se llaman *parónimas* todas las cosas que reciben su denominación a partir de algo, con una diferencia en la inflexión, v.g.: el gramático a partir de la gramática, y el valiente a partir de la valentía.» (Cat. 1a 1-15).

Como vemos, Aristóteles aplica una diferenciación lingüística, unas relaciones entre términos, al estudio y diferenciación de los distintos tipos de seres. La referencia ontológica es inmediata. Si hay términos *sinónimos* es porque hay seres *sinónimos*, si hay términos *homónimos* o *parónimos* es porque los seres son igualmente *homónimos* o *parónimos*.

Los dos primeros, los términos *homónimos* y *sinónimos*, presentan un universo de seres intransitable, inconexo, roto. Un universo entendido a un conjunto de elementos con las dos únicas propiedades de ser idénticos a sí mismos y absolutamente diferentes entre sí, un universo de seres unívocos o equívocos. En cambio, los seres *parónimos*, así como los análogos, permiten un tránsito, una relación, entre un ser y otro, sin que éstos sean ni totalmente unívocos ni totalmente equívocos. Habría en ellos una naturaleza unívoca y equívoca al mismo tiempo.

En el comentario de este texto aristotélico, en el que en definitiva se manifiesta el problema de la identidad y la diferencia, de lo uno y lo múltiple, la mayoría de los comentaristas antiguos, tales como Simplicio, Apolodoro, Porfirio o Ammonio consideran la paronimia como la expresión gramatical de la concordancia en el ser de la identidad y la diferencia, de la unidad y la multiplicidad, teniendo, por tanto, un concreto significado ontológico. Es más, tanto Simplicio como Olimpodoro, según J.Hirschberger, en su artículo *Paronymie und Analogie bei Aristoteles* (*Philosophisches Jahrbuch* LXVIII (1959) pp.191ss) subrayan el carácter de

mediación de la paronimia, por el cual viene a colocarse en una posición intermedia (μέσση) entre la univocidad y la equivocidad, del mismo modo que la analogía, con la salvedad, hecha ya por Porfirio, de que la paronimia constituye un μέσση en cuanto expresión esencial de un προς εν.

Con estos antecedentes, vamos a estudiar el valor que otorga Aristóteles a la paronimia y a la analogía en los *Tópicos*, ya que en esta obra, escrita antes que las *Categorías*, encontramos la elaboración de la distinción entre homónimos, sinónimos y parónimos con que se inicia dicha obra y el presente estudio.

En los *Tópicos* la distinción surge con el fin de señalar las razones lógico-lingüísticas por las que pueda afirmarse la pertenencia de una cosa a un género o a una especie. Para lograr este fin se procede a un análisis que supone los siguientes pasos: 1º tomar en consideración las proposiciones más comunes, sin tener en cuenta su referencia a lo real; en segundo lugar, distinguir entre los diversos significados de las expresiones, es decir, señalar los distintos modos en que puede ser nombrado un «objeto»; en tercer lugar, acentuar la investigación en el simple significado lingüístico para llegar a distinguir, mediante el método de la división por el género y la especie, la efectiva diferencia del objeto hasta donde sea posible; y, por último, hacer patentes sus semejanzas. (Cfr. G. Masi, *L'uni-equivocità dell'essere in Aristotele* en *Giornale di Metafisica* VIII 1-2 (1986) p.62)

Con este método, que corresponde a la διαίρεσις platónica, Aristóteles aborda el problema de la identidad y la diferencia. Dice concretamente:

«Antes que nada hay que precisar, acerca de lo idéntico, de cuántas maneras se dice. Se podría admitir, resumiendo, que lo idéntico se divide en tres partes. En efecto, solemos dar la designación de *idéntico*, bien por el número, bien por la especie, bien por el género: son *idénticas en número* las cosas en que los nombres son múltiples, el objeto, en cambio, único, v.g.: *sobretudo* y *manto*; son *idénticas en especie* todas las cosas que, siendo múltiples, resultan indiferenciadas en especie, como, por ejemplo, un hombre respecto a otro hombre y un caballo respecto a otro caballo: en efecto, todas las cosas de un tipo tal que se hallan bajo la misma especie se llaman *idénticas en especie*; de manera semejante son *idénticas en género* todas las cosas que están bajo el mismo género, v.g.: caballo respecto a hombre.» (Top. 103a 5-15).

Si relacionamos las tres formas de identidad vemos, como señala Aristóteles en el libro Δ de la *Metafísica* (1016b 31-1017a), que la identidad numérica implica la específica, pero no a la inversa, y lo mismo cabe decir de la identidad específica respecto a la identidad genérica, la relación no es reversible; así, lo que es uno respecto de la especie lo será respecto del género, p.e.: hombre y hombre. En cambio, lo uno respecto del género no tiene por qué serlo respecto de la especie, tal como hombre y buey. Esta identidad representa las distintas formas de sinonimia, sinonimia total o parcial. El caso opuesto es el de la homonimia o equivocidad, que encubre con un mismo nombre unas realidades totalmente diferentes, tal como ocurre con el nombre «agudo», que puede ser una propiedad del sonido, cuyo contrario es el tono «grave», o un tipo de ángulo, cuyo contrario es el ángulo «obstuso» (Cfr. Top. 106a 10-15).

Por último, se detiene Aristóteles en el fenómeno lingüístico de la inflexión gramatical (πτῶσις) como un medio para descubrir las nociones equívocas. Así, si de un término se sabe que se emplea con varios sentidos, de modo homónimo, también podrá decirse lo mismo respecto a los términos derivados de él. En sus mismas palabras:

«En efecto, si *justamente* se dice de varias maneras, también *justo* se dirá de varias maneras: pues, de acuerdo con cada uno de los *justamente*, hay un justo; v.g.: si se llama *juzgar justamente* el juzgar de acuerdo con la propia conciencia y también el juzgar como es debido, de manera semejante se dirá lo justo (...) De manera semejante en las otras cosas, siempre que la cosa se diga de varias maneras, también la inflexión a partir de ella se dirá de varias maneras, y, si la inflexión, también la cosa.» (Top. 106b 30-107a 3).

Este método para descubrir la homonimia manifiesta lo que posteriormente Aristóteles llama paronimia, es decir, la derivación a partir de un nombre de una serie de términos que respecto al primero no son ni equívocos ni unívocos.

La paronimia constituye, por tanto, una diversificación intrínseca y cualitativa de un mismo género, que sucesivamente va apareciendo como género subordinado en las diferentes inflexiones.

Hasta aquí el tratamiento de la paronimia, veamos el valor de la analogía. También en los *Tópicos*, Aristóteles, presenta la primera expresión del significado y los tipos de analogía, con la misma intención de descubrir lo idéntico y lo diverso. Según Aristóteles:

«Hay que mirar la semejanza en cosas de géneros distintos: como lo uno es a una cosa, así lo otro es a otra cosa (v.g.: como el conocimiento es a lo cognoscible, así la sensación es a lo sensible), y como lo uno está en una cosa, así lo otro está en otra (v.g.: como la vista está en el ojo, el entendimiento está en el alma, y, como la bonanza en el mar, la calma en el aire); ahora bien, es preciso ejercitarse en las cosas más alejadas, pues así podremos más fácilmente captar lo semejante en las demás cosas. Pero también hay que mirar las cosas que están en el mismo género, y ver si se da en todas ellas lo mismo, v.g.: en el hombre, el caballo y el perro: pues, en cuanto se da en ellas lo mismo, en la misma medida son semejantes.» (Top. 108a 8-17).

La analogía consiste por tanto en la constatación de lo semejante en lo diverso, ya sea entre seres de diferente género, ya sea entre individuos de diferente especie. La relación que se establece mediante ella es una relación horizontal, entre seres de un mismo orden, y recíproca, entre dos cosas análogas tanto la primera es análoga con la segunda, como a la inversa.

Aristóteles continúa analizando la utilidad de la analogía, señalando que es útil «para los argumentos por comprobación (Epaktikoi lógoi), para los razonamientos a partir de una hipótesis y para dar las definiciones» (Top. 108b 8-10), por tanto es un hecho que considera la analogía como un instrumento, es decir, con un valor puramente eurístico y subsidiario, y en ningún caso ontológico. Así nos lo confirma la interpretación que nos ofrece P. Aubenque, en su obra *Le problème de l'être chez Aristote*, donde dice este autor en la p. 205.

«Aunque Aristóteles habla de analogía, se trata solo de lo que posteriormente se llamará analogía de proporcionalidad. Por tanto, para que se dé la proporción es necesaria una correspondencia entre dos términos, o mejor entre dos series de términos, puesto que se trata de una semejanza de relaciones. Por ello, es posible hablar de analogía entre las significaciones del bien o la unidad en sus relaciones con los correspondientes significados del ser; pero una pretendida analogía del ser no puede tener ningún sentido para Aristóteles.»

Esto es evidente, si la analogía descubre la semejanza de lo diverso necesitamos comparar dos órdenes de realidad y no uno sólo, el ser no es análogo al ser, sino que lo será respecto de otra cosa, ya sea la verdad ya el uno. No tiene sentido hablar, en consecuencia, del ser aristotélico como análogo.

¿Puede, en cambio, afirmarse que para Aristóteles el ser es parónimo? Para responder hemos de volver a tratar de la paronimia.

Un modo adecuado para descubrir el papel que la paronimia juega en la naturaleza misma del ser consiste en poner de manifiesto su relación con los predicables, ya que como es sabido éstos son los modos en los que puede ser nombrado el ser. Como dice Aristóteles, «todo viene a reducirse a cuatro cosas: *propio, definición, género o accidente.*» (Top. 101b 24-25) Si la relación entre estas cosas es de alguna manera parónima también podemos decir que la estructura interna del ser es parónima.

En primer lugar, respecto a esta cuestión, Aristóteles señala como ilegítima la atribución en forma parónima del género a la especie, es decir, quien nombra un ser mediante su definición no puede entender que el género pueda atribuírsele de forma accidental, es decir como añadiendo algún matiz que no se halla presente en el significado de la especie. El género, en cambio, ha de predicarse de la especie de una forma sinónima, es decir, no siendo más que una repetición de la esencia nombrada mediante la especie. En palabras de Aristóteles:

«En efecto, de ningún género se dice parónimamente la predicación acerca de la especie, sino que todos los géneros se predicen sinónimamente de las especies: pues las especies admiten tanto el nombre como el enunciado de los géneros.» (Top. 109b 3- 7).

Según esto, al ser necesario señalar un caso en que no es posible la relación parónima, Aristóteles está admitiendo la posibilidad de otros modos en los que la predicación entre los distintos predicables pueda realizarse de forma parónima, ya se trate de la especie respecto al género, o del propio o el accidente respecto de la especie. Y efectivamente esta posibilidad se ve confirmada en un texto no muy lejano del anterior, y que reviste una gran importancia para responder a la cuestión que nos ocupa. Dice Aristóteles:

«Ya que es necesario que, de las cosas de las que se predica el género, se predique también alguna de las especies, también lo es que todos aquellos que poseen género, o se dicen parónimamente a partir del género, posean alguna de las especies o se digan parónimamente a partir de alguna de las especies (v.g.: si *conocimiento* se predica de algo, también se predicará de ello el arte de leer y escribir, o la música, o alguno de los otros conocimientos, o se llamará parónimamente a partir de alguno de ellos, v.g.: letrado o músico).» (Top. 111a 20-b 4)

Si según el texto anterior la atribución del género respecto de la especie no podía ser parónima sino sinónima, por este segundo párrafo podemos ver cómo la especie si se puede predicar parónimamente respecto del género, ya que toda especie constituye una definición mayor de un modo de ser genérico, que, por tanto, lo manifiesta y realiza sin agotarlo. El género es al mismo tiempo inmanente y trascendente a cada una de sus especies, nada de lo que pertenece al género se ha de encontrar en cada una de sus especies. En conclusión, podemos afirmar que para Aristóteles la relación género-especie es una relación parónima, y que la especie constituye una «especificación» parónima del género.

El ser es nombrado, por tanto, no univoca ni equívocamente en las formas de género y especie, sino parónimamente, y lo mismo cabe decir de los otros predicables. La relación entre los diversos modos en los que se dice el ser es parónima, y, por tanto, la ordenación interna de lo real constituye un orden parónimo, un todo orgánico y estructurado al modo como se ha estudiado en la relación género-especie.

Si, por último, analizamos el texto más comúnmente empleado por la tradición para presentar el ser de Aristóteles como análogo, descubriremos que la paronimia no sólo constituye el modo de ser del ente, sino que permite la existencia de una ciencia del ser en cuanto ser. El texto es el siguiente:

«Mas, puesto que la ciencia del filósofo versa sobre el ente en cuanto ente (τοῦ οντος ἢ ον) versará de una manera universal y no parcial. Pero *ente* se dice en varios sentidos, y no de un solo modo. Por tanto, si se dice sólo homónimamente y no según algo común, no cae bajo una sola ciencia (pues no es uno el género de tales significados); pero, si se dice según algo común, cae bajo una sola ciencia. Pues bien, parece decirse del modo indicado, igual que *medical* y *sano*; pues también cada uno de estos dos términos lo usamos en varios sentidos. Y se dice cada uno de este modo por referirse de alguna manera o bien a la ciencia médica, o bien a la salud, o bien a otra cosa, pero cada uno a algo idéntico. Se llama, en efecto, medicinal al razonamiento y al bisturí; al primero, porque procede de la ciencia médica, y al segundo, por ser útil a ésta. (...) Del mismo modo, por tanto, también todo se dice ente; pues cada uno de ellos se llama ente por su afección, o hábito, o dispersión, o movimiento, o alguna otra cosa semejante, del Ente en cuanto ente» (Met. K, 1060b 31-1061a 10).

Vemos, en primer lugar, que en ningún momento habla Aristóteles de analogía para explicar los distintos modos en los que se dice el ser. La analogía aparece en este texto, como analogía de proporcionalidad, para señalar que, igual que «medicina» y «salud» pueden predicarse parónimamente de distintas realidades, y por tanto dar lugar a inflexiones —en este caso el adjetivo—, sin que por ello se niegue la unidad de la naturaleza expresada por dichos nombres, las distintas maneras en las que el ser se dice son también inflexiones de una misma naturaleza expresada en los distintos seres de modo diverso.

Es decir, el ser es análogo a las nociones genéricas por manifestar una paronimia semejante a la que aquéllas manifiestan. El ser se dice, pues, de muchos modos por su naturaleza parónima, no porque en el interior del ser se dé una analogía.

Tal vez sea esta consideración parónima del ser aristotélico la que permita conciliar las ambigüedades que los comentaristas encuentran entre diversos textos en relación con el anterior, por ejemplo los siguientes:

«El ser no es nunca la esencia de alguna cosa, puesto que no es un género.» (Anal. post. II 7 92b 13)

«Del mismo modo que el ser no es una de las categorías que se acaban de enumerar, de igual manera el bien no es uno; y por tanto no es posible una ciencia única del ser ni del bien». (Eth. Eud. I 8 1217b 33ss)

Respecto a la negación del ser como un género más no hay excesivo problema si entendemos esto desde la paronimia, ya que ciertamente el ser no es un género, pero todo género es ser. Del mismo modo que el género no es una especie, toda especie pertenece a algún género, y por tanto la especie nombra parónimamente al género, y ambos, de igual modo, nombran al ser que manifiestan, ya genérica ya específicamente.

Según lo anterior, negar el ser como género no implica la imposibilidad de una ciencia del ser en cuanto ser, pues aunque es cierto que para que sea posible una ciencia es necesario un género común al que se refieran los distintos enunciados, esto hay que entenderlo como la expresión de la necesidad de la existencia de algo común respecto a lo que se encamine la investigación, y esto común sí se da en la ciencia Metafísica. Como dice Aristóteles en el libro K de la *Metafísica*, el objeto de esta ciencia es el ente en cuanto ente.

Por último, el texto de la *Ética Eudemia* citado anteriormente no puede significar, contradictoriamente con el resto del pensamiento aristotélico, la imposibilidad de la Metafísica, como ciencia del ser en cuanto ser, sino la imposibilidad de que el ser se agote en una sola ciencia. Es decir, es posible la Metafísica junto con una pluralidad de ciencias categoriales del ser. Ninguna ciencia categorial constituye un estudio completo de lo real.

Es evidente, en conclusión, que la consideración parónima del ser permite una comprensión del pensamiento aristotélico más coherente y completa que la interpretación analógica, por otra parte nunca defendida por Aristóteles.